

al polo (1). Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al gobierno, y entonces oyó este los primeros fragmentos de la obra que hoy publico. La revolución destruyó todos mis proyectos. Cubierto con la sangre de mi hermano único, de mi cuñada y de su ilustre y anciano padre; habiendo visto morir á mi madre y á otra hermana de talento esclarecido, á consecuencia de los malos tratamientos que habia experimentado en los calabozos, vagué por tierras extrañas, donde fue asesinado en mis brazos el único amigo que conservaba (2).

De todos mis manuscritos relativos á América, solo he salvado algunos fragmentos, y en particular la *Atala*, que no es mas que un episodio de los *Natchez* (3). *Atala* ha sido escrita en el desierto, y bajo las chozas de los salvajes; ignoro si agrada al público esta historia que se aparta de todo lo conocido hasta hoy, y presenta una naturaleza y unas costumbres completamente extrañas á Europa. En la *Atala* no hay aventuras; es una especie de poema (4) en parte descriptivo y en parte dramático: todo consiste en la pintura de dos amantes que marchan y cazan en la soledad, presentando mi cuadro las turbulencias del amor en medio de la calma de los desiertos. He procurado dar á esta obra las formas mas antiguas, y la he dividido en prólogo, narracion y epílogo. Las principales partes de la narracion toman una denominacion especial como los *cazadores*, los *labradores*, etc.; no de otro modo cantaban bajo diversos títulos los fragmentos de la *Iliada* y de la *Odisea*, los rapsodas de la Grecia en los primeros siglos.

Diré tambien que mi objeto no ha sido arrancar muchas lágrimas, pues me parece un error peligroso, propalado como tantos otros por Voltaire, que *las obras de mérito son aquellas que mas hacen llorar*. Dramas hay de los que nadie querría ser autor, y que desgarran el corazón, aunque de una manera muy distinta que la Eneida. No es ciertamente grande un escritor porque ponga el alma en tortura, pues las verdaderas lágrimas son las que hace correr una bella poesía, á la que vaya unida tanta admiracion como dolor.

Hé aquí las palabras que Priamo dirige á Aquiles:

Ἀνδρὸς παιδορροιοῦ ποτὶ στόμα κείρ' ὀρέσσειαι.

Juzga el exceso de mi desgracia, al tener que besar la mano del que ha dado muerte á mi hijo.

Así exclama José:

Ego sum Joseph frater vester, quem vendidistis in Ægyptum.

Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Estas son las únicas lágrimas que deben humede-

(1) Mr. Mackencio ha ejecutado despues una parte de este plan.

(2) Estuvimos ambos cinco dias sin comer.

Mientras que mi familia era destruida de este modo, aprisionada ó desterrada, una de mis hermanas, que debia su libertad á la muerte de su marido, se hallaba en Fougères, pequeña ciudad de Bretaña. El ejército realista llegó, y presos ochocientos hombres del republicano, fueron condenados á ser pasados por las armas, pero mi hermana se echó á los pies de Mr. de La Rochejaquelein y consiguió el perdón de los prisioneros. Voló inmediatamente á Rennes, se presentó al tribunal revolucionario con los certificados que probaban habia salvado la vida á ochocientos hombres, y solo pidió por única recompensa se pudiese en libertad á sus hermanas. El presidente del tribunal le respondió: *Sin duda serás una pícaro realista que mandaré guillotinar, pues los enemigos tienen tantas deferencias contigo. Por otra parte la república no te debe ningun favor: tiene demasiados defensores, y le falta pan.* Hé aquí los hombres de que Bonaparte ha librado á la Francia!

(3) Véase el prefacio de los *Natchez*.

(4) Necesito advertir que si me sirvo de la palabra *poe-*

cer las cuerdas de la lira. Las Musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con artificios, y cuando lloran lo hacen con el secreto designio de embellecerse.

Por lo demás, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvajes, y aun cuando tenga tal vez tanta razon para quejarme de la sociedad como aquel filósofo tenia para alabarla, no creo que el estado de *pura naturaleza* sea el mejor del mundo. Yo lo he hallado demasiado deforme por do quiera he tenido ocasion de verlo, y lejos de juzgar que el hombre que piensa es un animal depravado, creo que el pensamiento es lo que constituye el hombre. La palabra *naturaleza* lo ha desfigurado todo. Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella, puesto que el arte no debe ocuparse en reproducir las monstruosidades.

La moralidad que he querido sacar de la *Atala*, es fácil de descubrir; y como está reasumida en el epílogo, no la repetiré en este lugar, anticipando tan solo algunas palabras acerca del carácter de Chactas, amante de Atala.

Este es un salvaje ya medio civilizado, puesto que no solo sabe las lenguas vivas, sino que conoce las muertas de Europa. En este concepto debe expresarse en un estilo intermedio y conveniente á la línea en que marcha, colocado entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado alguna ventaja, haciéndole hablar en lengua salvaje para pintar las costumbres, y en europeo en el drama de la narracion. Sin esto me hubiera sido preciso renunciar á la obra, pues si me hubiera servido siempre del estilo indio, *Atala* hubiese estado en griego para el lector.

Respecto al misionero, es un sencillo sacerdote que habla sin sonrojarse de la cruz, de la sangre de su divino Maestro, de la corrupcion de la carne, etc.; en una palabra es el sacerdote, tal cual es. Sé que es difícil pintar un carácter semejante sin despertar en la mente de ciertos lectores ideas ridiculas. Si no lo consigo haré reír. Júzguese.

Réstame solo una cosa que decir: ignoro por qué casualidad ha excitado la atencion pública, mucho mas de lo que esperaba, una carta que dirigí á Mr. Fontanes. Yo creia que unas cuantas líneas de un autor desconocido pasarian desapercibidas; pero esto no obstante los papeles públicos parece han tenido una especie de complacencia en ocuparse de ella. Reflexionando acerca de este capricho del público, que ha fijado su atencion en cosa de tan poco valor, pensé podria ser el título de mi gran obra el *Genio del Cristianismo*, etc. Tal vez se haya pensado se trataba de un asunto de partido, y que en ese libro me desataria en improprios contra la revolución y los filósofos.

Al presente está permitido sin duda, bajo un gobierno que no proscriba ninguna opinion pacífica, tomar la defensa del Cristianismo, pues si hubo un tiempo en que solo tenían derecho á hablar los adversarios de aquella religion, hoy la liza está abierta, y los que piensan que el Cristianismo es poético y moral, pueden decirlo en alta voz, como los filósofos pueden sostener lo contrario. Me atrevo á creer que si la gran obra que he emprendido, y que no tardará en ver la luz pública, hubiera sido escrita por una mano mas hábil que la mia, la cuestion seria decisiva.

De cualquier modo que sea, estoy obligado á declarar que en el *Genio del Cristianismo* he prescindido de la revolución, y en general he guardado una medida que, segun todas las apariencias, no se tendrá conmigo.

ma es porque no sé hacerme entender de otro modo, pues no soy de los que confunden la prosa y el verso. El poeta, dígame lo que se quiera, es siempre el hombre por excelencia, y volúmenes enteros de prosa descriptiva no valen cincuenta hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.

Háseme dicho que la mujer célebre (1) cuya obra formaba el asunto de mi carta, se ha quejado de un pasaje de ella. Permitirásme me tome la libertad de observar que no he sido yo el primero que ha empleado el arma que se me reprocha, y que me es odiosa, pues no he hecho otra cosa que rechazar el golpe que se dirigia á un hombre cuyo talento me he hecho un deber en admirar, y cuya persona amaré siempre tiernamente. Muy lejos he estado de ofender; pero si así ha sucedido, puede borrarse ese pasaje. Además, cuando se tiene la brillante existencia y el talento de madama Stael fácilmente se deben olvidar las pequeñas heridas que pueda hacer un solitario y un hombre tan ignorado como yo.

Diré por fin acerca de la *Atala*, que el asunto no es enteramente invencion mia, pues es cierto hubo un salvaje en las galeras y en la corte de Luis XIV, así como lo es tambien que hubo un misionero francés que hizo las cosas que narro, no siéndolo menos que he hallado á los salvajes de los bosques americanos transportando los huesos de sus antepasados, y á una jóven madre exponiendo el cuerpo de su hijo en las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias tambien son verdaderas, pero como no son de un interés general, las he omitido.

PRÓLOGO.

La Francia poseia antiguamente en la América Septentrional dilatados dominios, que se extendian desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las costas del Atlántico hasta los lagos mas remotos del Alto-Canadá.

Cuatro rios caudalosos, cuyos manantiales están en las mismas montañas, dividen aquellas inmensas regiones: el San Lorenzo, que se pierde hácia Oriente, en el golfo á que da su nombre; el rio de Occidente, que tributa sus aguas á mares ignorados; el Borbon, que se precipita de Mediodía á Norte, en la Bahía de Hudson; y el Meschacébé, verdadero nombre del Misisipi, que corre de Norte á Mediodía hasta perderse en el golfo de Méjico.

Riega este rio, en una extension de mas de mil leguas, una deliciosa region, denominada por los habitantes de los Estados-Unidos, el *Nuevo Eden*, y conocida por los franceses con el dulce nombre de *Luisiana*. Otros mil rios, tributarios del Meschacébé, el Missouri, el Illinois, el Akanza, el Wabache y el Tenaro, la benefician con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando estos rios corren engrosados por las lluvias del invierno, y las tempestades han derribado bosques enteros, los árboles arrancados se agrupan en los manantiales. A poco tiempo, el légame los asegura, las lianas los enlazan, y las numerosas plantas que en ellos se arraigan, concluyen por consolidar aquellos despojos, que arrastrados por las espumosas olas, siguen la corriente del Meschacébé. Este se apodera de ellos, los impele hasta el golfo Méjicano, y encallándolos en los bancos de arena, acrecienta el número de sus bocas. De tiempo en tiempo levanta su voz poderosa al pasar por los montes, y derrama sus desbordadas aguas, Nilo de los desiertos, en derredor de las columnas de los bosques y las pirámides de los sepulcros indios. Empero, como la gracia se muestra siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza, hé aquí que mientras la corriente del centro empuja al mar los ya inertes pinos y encinas, en las dos corrientes laterales se ve subir á lo largo de las orillas, flotantes islas de pistia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas desuellan á manera de pequeños pabellones. Las ser-

(1) Madama Staël.

pietas verdes, las garzas reales azules, los flamencos de color de rosa, y los escamosos cocodrillos se embarcan, cual osados navegantes, en aquellos bajeles de flores; y la feliz colonia, desplegando al viento sus velas de oro, aborda en tranquilo sueño alguna oculta ensenada del rio.

Las orillas del Misisipi presentan el mas sorprendente panorama. En la margen occidental, las sábanas se extienden hasta perderse de vista, y alejándose sucesivamente, parecen desvanecerse en el azul del cielo; en estas praderas sin límites se ve vagar á su capricho rebaños de tres á cuatro mil búfalos silvestres. Tal vez, un decrepito bisonte, hendiendo las revueltas ondas, va á acostarse en las altas yerbas de alguna isla del Meschacébé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su barba añosa y cubierta de limo, pudiera creérsele el dios del rio, que dirige una mirada altiva á la extension de sus aguas y á la salvaje riqueza de sus orillas.

Si tal es la perspectiva de la orilla occidental, la oriental cambia por completo para formar un admirable contraste con aquella. Inclinados sobre las límpidas corrientes, agrupados sobre los peñascos y las montañas, ó dispersos por los valles, vistosos árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, se confunden, crecen á la par, y se pierden en el aire á desmesurada altura. Las vides silvestres, las bigonias y las coluquintidas se entrelazan al pie de estos árboles, escalan sus ramas, se asen á sus copas y pasan del arce al tulipero, y de este al alceó, formando mil grutas, mil bóvedas y pórticos. Y acontece que perdidas de árbol en árbol, estas lianas atraviesan los diferentes brazos de los rios, sobre los cuales forman maravillosos puentes de flores. En el seno de estas enramadas levanta la magnolia su cono inmóvil, terminado en anchas rosas blancas, dominando todo el bosque, sin otro rival que la palmera, que mece levemente á su lado sus frondosos abanicos.

Multitud de animales colocados en aquellos retiros por la mano del Criador, esparcen en ellos el encanto y la vida. Desde la extremidad de las espesas arboledas descúbrense los osos, que ébrios con el zumo de la vid, vacilan sobre las ramas de los olmos; los caribús se bañan en un lago, y las ardillas negras se solazan en los espesos ramajes, en tanto que los pájaros-burlones, las palomas de la Virginia, del tamaño de un pájarillo, bajan á los céspedes enrojecidos por las fresas; los papagayos verdes, de cabeza amarilla, los pico-verdes encarnados y los cardenales de color de fuego, saltan y giran en la extremidad de los cipreses; los colibris centellean sobre los jazmines de las Floridas, y las serpientes-cazadoras silban sobre los bosques y se columpian en ellos, á semejanza de las lianas.

Mas, si todo es silencio y reposo en las sábanas de la opuesta orilla del rio, todo aquí, por el contrario, es movimiento y murmullo: los picotazos de las aves en el tronco de las encinas; el rumor de los animales que marchan, pacen ó trituran entre sus dientes los frutos de los árboles; el murmurio de las aguas; los débiles gemidos, los sordos mugidos y los dulces arrullos, llenan los desiertos de grutas y salvajes armonías. Pero cuando el viento anima aquellas soledades, y estremece los cuerpos que flotan, confundiendo aquellas masas blancas, azules, verdes y de color de rosa; cuando mezcla todos los colores y reúne todos los murmullos, se exhalan tales rumores del fondo de los bosques, y la vista admira tales escenas, que fuera intento vano describir las á los que no han recorrido aquellos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacébé por el padre Marquette y el desgraciado La-Sala, los primeros franceses que se establecieron en el Biloxi y la Nueva-Orleans, contrajeron alianza con los Natchez,

nacion india, cuyo poder temian aquellas regiones; pero las discordias y la envidia no tardaron en ensangrentar una tierra hospitalaria. Habia entre los salvajes un anciano llamado *Chactas* (1), que por su edad, sabiduria y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, habia comprado la virtud á espensas del infortunio. No solo fueron testigos de sus desgracias los bosques del Nuevo-Mundo, sino tambien las costas de la Francia. Preso en las galeras de Marsella, merced á una atroz injusticia, libre despues, y presentado á Luis XIV, habia conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido á las fiestas de Versailles, á las tragedias de Racine y á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, habia contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor.

Restituido despues de muchos años á su patria, *Chactas* disfrutaba de tranquilidad, aunque el cielo le vendió tambien muy caro este beneficio, pues habia perdido la vista. Una jóven le acompañaba por las orillas del *Meschacebé*, bien así como *Antígone* guiaba á *Edipo* por el *Citeron*, ó como *Malvina* conducía á *Orián* sobre las cumbres de *Morven*.

A pesar de las repetidas injusticias que *Chactas* habia sufrido por parte de los franceses, amaba á estos entrañablemente, pues recordaba siempre á *Fenelon*, cuyo huésped habia sido, y deseaba poder dispensar algun favor á los compatriotas de tan virtuoso prelado. Esta ocasion se le presentó en 1725, pues un francés llamado *René*, impelido por sus pasiones y contratiempos, abordó á la *Luisiana*, y subiendo el *Meschacebé*, llegó al país de los *Natchez*, y solicitó ser admitido como guerrero en esta nacion. Habiéndole interrogado *Chactas*, y viendo que su resolucion era irrevocable, adoptóle por hijo y le dió por esposa una india llamada *Celuta*. Poco despues de este enlace, los salvajes se prepararon para marchar á la caza del castor.

Chactas, aunque ciego, fue designado por el consejo de los saquems (2) como caudillo de la expedicion: tal era el respeto que le tributaban las tribus indias. Empezaron las oraciones y los ayunos; los adivinos interpretaron los sueños; los manitús fueron consultados, ofreciéronse sacrificios de petun, y quemáronse trozos de lengua de danta, examinando si chisporroteaban en las llamas, para explorar la voluntad de los genios, y al fin se emprendió la marcha, no sin haber comido antes el perro sagrado; *René* tomó parte en la alegre comitiva. Impelidas por las corrientes, las piraguas subieron el *Meschacebé* y entraron en el *Ohio*. Era el otoño, y los magníficos desiertos de *Kentucky* se dilataban á la atónita vista del jóven francés. Cierta noche, á la claridad de la luna, mientras los *natchez* dormian en sus piraguas, y la flota india levantando sus velas de pieles, huía á impulso de una ligera brisa, *René*, que habia quedado solo con *Chactas*, pidió á este la narracion de sus aventuras. El anciano se brindó á su deseo, y sentados ambos en la popa de la piragua, habló en estos términos:

LA NARRACION.

LOS CAZADORES.

«Muy singular es, en verdad, querido hijo mio, el destino que aqui nos reúne. Yo veo en tí al hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí al hombre salvaje, á quien el Gran Espíritu ignora

(1) La voz armoniosa.
(2) Ancianos ó consejeros.

por qué designios), ha querido civilizar. Uno y otro hemos entrado en la senda de la vida por sus dos opuestas extremidades; pero tú has venido á descansar en mi puesto, y yo he ido á sentarme en el tuyo; por esta razon debemos considerar los objetos bajo un punto de vista diametralmente opuesto. ¿Quién de nosotros ha ganado ó perdido mas en su cambio de situacion? Arcano es este que solo conocen los genios, de los cuales el menos sabio atesora mas sabiduria que todos los hombres reunidos.

«A la próxima luna de las flores (3), se cumplirán siete veces diez nieves, y tres nieves mas (4), que mi madre me dió á luz en las orillas del *Meschacebé*. Los españoles se habian establecido poco antes en la bahía de *Panacola*, pero ningun blanco habitaba aun en la *Luisiana*. Yo contaba apenas diez y siete caidas de hoja, cuando marché con mi padre, el guerrero *Utalisi*, contra los *Muscogulgos*, poderosa nacion de las *Floridas*, é incorporándonos con los españoles, nuestros aliados, empeñamos una batalla en uno de los brazos del *Maubile*; pero *Areskoui* (5) y los manitús no nos fueron propicios. Triunfaron, pues, los enemigos, mi padre perdió la vida, y en su defensa recibí dos heridas. ¡Oh! ¿Porqué no bajé entonces al país de las almas (6), subtrayéndome así á las desventuras que sobre la tierra me esperaban? Los espíritus lo decretaron de otra suerte, y me vi arrastrado por los fugitivos á *San Agustin*.

«En esta ciudad, recién construida por los españoles, me hallaba expuesto á ser llevado á las minas de Méjico, cuando un anciano español, llamado *Lopez*, movido á piedad al ver mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo y me presentó á una hermana suya con quien vivia sin esposa.

«Entramos me cobraron el mas tierno cariño, y me educaron con esquisito celo, procurándome toda clase de maestros. Pero, despues de haber pasado treinta lunas en *San Agustin*, me asaltó un profundo hastio á la vida de las ciudades; me estenuaba visiblemente, y ora permanecía inmóvil horas enteras contemplando las cimas de los montes lejanos, ora me sentaba á la margen de un rio, cuya corriente contemplaba con honda melancolía, pues mi fantasia me pintaba los bosques que sus aguas habian atravesado, y mi alma vivia exclusivamente en la soledad.

«No pudiendo resistir por mas tiempo mi deseo de tornar al desierto, presentéme una mañana á *Lopez*, vestido de salvaje, llevando en una mano mi arco y mis flechas, y en la otra mi traje europeo, que entregué á mi generoso protector, á cuyos pies caí derramando copiosas lágrimas. Apóstrofeme con los mas odiosos dictados, acuséme de ingratitud, y le dije: «¡Oh padre mio! Ya lo ves: moriré si no vuelvo á la vida india!»

«Absorto *Lopez*, se esforzó en disuadirme de mi propósito, y me hizo ver el peligro á que me exponia de caer de nuevo en manos de los *Muscogulgos*; pero viéndome resuelto á arrostrarlo todo, exclamó, anegado en lágrimas y estrechándome en sus brazos: «Vé, hijo de la naturaleza, vé á recobrar esa hermosa libertad que *Lopez* no quiere arrebatarte. Si fuese mas jóven, te acompañaría al desierto, donde tengo tambien dulces recuerdos, y te entregaria á los abrazos de tu madre. Cuando te halles en las selvas que te vieron nacer, acuérdate algunas veces del anciano español que te dió franca hospitalidad; y recuerda tambien, para sentirti movido al amor de tus semejantes, que la primera prueba á que has sometido el corazon humano, te ha sido favorable.»

(3) El mes de mayo.

(4) Una nieve anual, ó lo que es lo mismo, setenta y tres años.

(5) Dios de la guerra.

(6) La otra vida.

Esto dicho, *Lopez* oró al Dios de los cristianos, cuyo culto me habia negado á abrazar, y nos separamos mal reprimiendo nuestros sollozos.

«No tardé en recibir el castigo á que mi ingratitud me habia hecho acreedor. Mi inexperiencia me extravió en los bosques, y caí en poder de una partida de *Muscogulgos* y *siminoles*, como *Lopez* me lo habia predicho, pues fui reconocido como *natche* por mi vestido y por las plumas que adornaban mi cabeza. Atáronme, pues, pero no con fuerza, en consideracion á mi juventud. Habiendo *Simagan*, caudillo de la partida, querido saber mi nombre, le respondí: «Mi nombre es *Chactas*, y soy hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, que han arrebatado mas de cien cabelleras á los héroes *Muscogulgos*.» *Simagan* me replicó: «*Chactas*, hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, regocíjate, pues no tardarás en ser quemado en la gran ciudad.» Yo repuse: «¡Me regocijo!» Y entonces me cancion de muerte.

«Aunque prisionero, no podia, en los primeros dias, dejar de admirar á mis enemigos, pues el *Muscogulgo* y su aliado el *siminol*, respiran alegría, amor y contento. Su andar es ligero, su trato franco, y su aspecto tranquilo. Habla mucho y con rara volubilidad, y su lenguaje es armonioso y fácil. Ni aun el progreso de los años puede robar á los saquems su sencilla jovialidad; que á semejanza de las caducas aves de nuestros bosques, mezclan sus antiguos cantos con los nuevos trinos de su tierra posteridad.

«Las mujeres que acompañaban la partida enemiga, manifestaban una solícita piedad y una curiosidad ingénuu hácia mi juventud; dirigianme preguntas, acerca de mi madre y los primeros dias de mi vida, y querian saber si mi cuna de musgo se habia mecido en las floridas ramas de los arces, y si las brisas me habian columpiado cabe los nidos de los pajarillos. Dirigianme tambien otras mil preguntas relativamente al estado de mi corazon: si habia visto en mis sueños una cierva blanca, y si los árboles del valle secreto me habian aconsejado que amase. Yo respondia candorosamente á las madres, á las doncellas y á las esposas de los hombres, y les decia: «Vosotras sois las gracias del día, y la noche os ama como al rocío. El hombre sale de vuestro seno, para suspenderse de vuestro pecho y de vuestros labios; vosotras sabéis pronunciar palabras mágicas que adormecen todos los dolores. ¡Esto es lo que me decia la mujer que me dió la vida, y que no volverá ya á verme! Y me decia además que las virgenes son flores misteriosas, que crecen en lugares solitarios.»

«Estos elogios complacian no poco á las mujeres, que me rodeaban de presentes, trayéndome crema de nueces, azúcar de arce, sagamitas (1), pernils de oso, pieles de castor, mariscos que me sirviesen de galas, y musgo para mi lecho. Conmigo cantaban y reian, y luego lloraban al pensar que mi destino era ser presa de las llamas.

«Cierta noche en que los *Muscogulgos* habian establecido su campo á la entrada de un bosque, me hallaba sentado cerca del fuego de la guerra, con el cazador que me vigilaba, cuando de improviso llegó á mi oido el leve roce de un vestido sobre la yerba, y ví á una mujer, medio encubierta, que vino á sentarse á mi lado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho, al resplandor del fuego. Aunque su hermosura no era extremada, advertíase en su semblante cierto sello de virtud y amor, cuyo atractivo era irresistible y al cual unia las mas tiernas gracias: sus miradas respiraban una esquisita sensibilidad y una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

«Al verla, me di á pensar que era la *Virgen de los*

(1) Especie de tortas de maiz.

últimos amores, virgen que el cielo envia al prisionero para rodear de encantos su tumba. En esta persuasion, le dije con voz trémula, y con una agitacion que no procedia del temor á la hoguera: «¡Virgen! Digna eres de los primeros amores; que no has sido formada para los últimos. Los movimientos de un corazon que en breve cesará de latir, responderian harto mal á las palpitations del tuyo. ¿Cómo hermanar la muerte con la vida? Tú me harías amar demasiado la existencia; ¡sea, pues, otro hombre mas venturoso que yo, y únense la liana y la encina ven largos abrazos!»

«La misteriosa jóven me respondió: «No soy la virgen de los últimos amores. ¿Eres cristiano?» Yo le repliqué que no habia sido infiel á los genios tutelares de mi cabaña. Al oír estas palabras, la india hizo un involuntario movimiento, y me dijo: «Deploro que seas un vil idólatra. Mi madre me ha hecho cristiana; *Atala* es mi nombre, y soy hija de *Simagan*, el de los braaceletes de oro, el caudillo de los guerreros que te rodean. Nos dirigimos á *Apalachucela*, donde serás arrojado á la hoguera. Esto diciéndolo, *Atala* se levantó y se ocultó á mi vista.»

«Al llegar aquí, *Chactas* se vió precisado á interrumpir su narracion. Los recuerdos se agolparon en su alma, y sus apagados ojos inundaron en lágrimas sus rugosas mejillas: no de otro modo, dos manantiales ocultos en las profundas entrañas de la tierra, filtran sus ignoradas aguas por entre los rudos peñascos.

«Reanudando al fin el hilo de su discurso, prosiguió: «¡Oh, hijo mio! Ya ves cuan pequeño es *Chactas*, á pesar de su reputacion de sabio. ¡Ay! aun cuando los hombres no puedan ya ver, pueden llorar! Durante muchas noches la hija del saquem vino á verme, pero sin proferir palabra. El sueño habia huido de mis ojos, y *Atala* se pintaba en mi corazon, grata como un recuerdo del hogar paterno.

«Al día décimo séptimo de marcha, y á la hora en que la efimera sale de las aguas, entramos en la gran sábana de *Alachua*, rodeada de colinas, que mostrándose unas tras otras, sustentan en unas cimas que se pierden en las nubes, bosques de copalmas, de limoneros, de magnolias y encinas. El caudillo dió el grito de llegada, y la tropa acampó al pie de las colinas. Fui colocado á alguna distancia á orillas de uno de esos pozos naturales, tan célebres en las *Floridas*; estaba atado al tronco de un árbol, y un guerrero me custodiaba impaciente. Pocos momentos habia pasado allí, cuando *Atala* se dejó ver sobre los liquidámbares de la fuente. «¡Cazador! dijo al soldado *Muscogulgo*, si quieres seguir la pista del corzo, yo guardaré al prisionero.» El guerrero dió un salto de alegría al oír estas palabras de la hija del cacique; y lanzándose desde la cima de la colina, se perdió en la llanura.

«¡Inexplicable contradiccion del corazon humano! Yo, que tanto habia deseado decir las cosas del misterio á la mujer á quien amaba ya como al sol, turbado y mudo á la sazón, hubiera preferido ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, á encontrarme solo con *Atala*. La hija del desierto se sentia no menos confusa que su prisionero, y ambos guardábamos un profundo silencio, pues los genios del amor nos habian dejado sin palabras; al fin, *Atala*, haciendo un esfuerzo, dijo: «¡Guerrero! Estás ligeramente preso, y puedes huir sin dificultad.» Al oír tales razones, mi lengua recobró su soltura y respondió: «¡Ligeramente preso, oh mujer..!» Y no supe terminar la frase. *Atala* me replicó, despues de algunos momentos de duda: «¡Sálvate!» y me desató del tronco del árbol. Yo tomé la cuerda, y la puse en la mano de la jóven extranjera obligando sus hermosos dedos á cerrarse sobre ella, gritando: «¡Tómala, tómala!» Eres un insensato, me dijo *Atala* con turbado acen-